Estaciones del Infierno

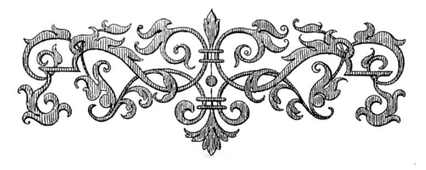


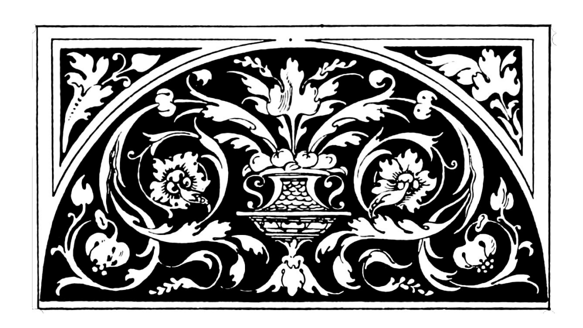
PAUL ORLANDO VERA BASILIO



ESTACIONES DEL INFIERNO

ESTACIONES DEL INFIERNO





ESTACIONES DEL INFIERNO

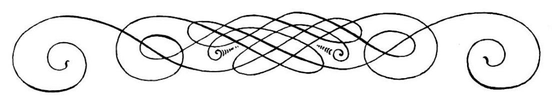


PAUL ORLANDO VERA BASILIO







Diseño e iluminación de portada e interiores:
Paul Orlando Vera Basilio.
Con elementos de Henry Lewis Johnson, en *Historic design in printing; reproductions of book covers, borders, initials, decorations, printer's marks and devices comprising reference material for the designer, printer, advertiser and publisher* (Boston, The Graphic arts company, 1923).

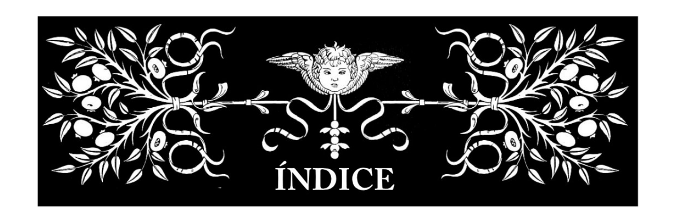
Pintura de portada: *Dead Blue Roller* (1512), Albrecht Dürer.
Pintura de contraportada: *Wing of a Roller* (1512), Albrecht Dürer.

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-11099.
ISBN: 978-612-46449-5-5.

Editado por:
Nictálope Editores SAC,
Jr. Los Alisos 115, Huancayo.
Impreso en:
Ink Color Print SRL,
Av. San Miguel 650, San Miguel, Lima.

Este libro ha sido auspiciado por la Municipalidad Provincial Sánchez Carrión, Huamachuco. Forma parte del Fondo Editorial Huamachuco, proyecto de la Asociación de Escritores Ciro Alegría.

Se imprimió un total de quinientos ejemplares durante el mes de agosto de 2014.
Impreso en Perú. Printed in Peru.


ÍNDICE

A mi familia y a todos los seres
que fueron el paraíso entre estos infiernos



PRESENTACIÓN O RAZÓN DE SER



as Estaciones del Infierno están en el corazón del hombre; florecen en él como asqueantes plantas de maldad. Trepadoras. Mortíferas.

Sin embargo, en etimología latina, de donde deriva el término, *infernum* es la parte subterránea e invisible de la tierra, donde, se creía, habitaban todos los males y donde van a parar los muertos. Según la primera parte de la acepción mencionada, que es la útil en este caso, el infierno se contrapone, pues, a todo «bien». Es el estado del mal, o el estado de privación definitiva de Dios, como signa la RAE.

Así, toda la historia, natural y cultural, se resume en la lucha —y consecuentes victorias o derrotas— del bien contra el mal. *Lucha de los contrarios* o *Evolución contra involución* lo llamarán los naturalistas y socialistas progresistas, *Dilemas*

con el yo interior denominarán los psicólogos, *Dios versus su primer ángel* dirán los evangelistas, *El superhombre contra la religión* diría Nietzsche. Y cada disciplina del saber, o autor preponderante, tendrá denominación distinta al mismo fenómeno de lucha.

No obstante, en la mayoría de culturas, el *infierno*, como morada primera y última de «el mal», ha sido usado, como parte de una *Política del miedo*. Y es que crear un lugar único, tan lejano (profundidades de la tierra) y tan cercano (al alcance de la mano humana) a la vez, una morada donde la peor cosa imaginada se multiplica infinitas veces, y tenerlo como arma de defensa o ataque, es, ciertamente, una gran hazaña. El poder logrado con esta política es incontable en todas las épocas y sociedades.

Y aunque muchos alegarán que con la existencia del *infierno* el mundo se ha mantenido a salvo de muchas atrocidades, que ha sido un agente pacificador, un verdadero pontífice de la paz, coronado y encapotado; lo cierto es que el infierno es, razonablemente y en realidad, una argucia religiosa, un invento matriz, un engaño descarado, una herramienta eficaz para beatificar o domesticar la bestia asquerosa que es también el alma del hombre, o el hombre mismo.

Lo que sí es innegable, es «el mal».

Tan innegable como el bien.

Y el mal está en el hombre. Vivirá mientras él viva. Morirá cuando él muera. El mal es el verdadero infierno del hombre.

En la práctica, el mal se manifiesta a través de actitudes y pensamientos humanos disímiles, atípicos y dañinos a todo orden social y bienestar personal. Tarea inacabable sería enumerarlos y describirlos; más complicado aún si tomamos ejemplos históricos. El lector debería analizarse y tendríamos un ejemplo rápido y práctico. Aunque, paradójicamente, bien pregona la fama que existen hombres *libres de mal*; debe haberlos. Sabios ellos, porque es de sabios conocer el mal y ser lo suficientemente fuerte para discernir y apartarse.

No obstante, la mayoría de nosotros parecemos haber nacido para pervivir y provocar maldad.

Entre los males más malos, quizá los peores, están los psíquicos. Y es que la mente es quien gobierna el mundo. Una mente podrida de males es cosa mayor. La ciencia llama a estas criaturas: Psicopatologías. La psicología y psiquiatría han realizado un listado de enfermedades mentales o psicopatologías, todas ellas plasmadas en el apartado *Trastornos mentales*, del *DSM-IV*, libro contenedor de los infiernos más raros y

maravillosos —si cabe el término— creados por la mente y cuerpo humanos.

Este libro se forjó en un infierno personal. En un *estado del mal*. Quizá los mismos textos y personajes también tengan esa característica. De ahí que debió llamarse *Historia Personal del Mal* o *Mal Personal reunido.* De los peores avernos es sentarse días y días y no poder leer ni una línea de texto, no poder tocar las cosas y seres amados, destruirlos incluso. Los pocos textos presentados sobrevivieron, milagrosamente, la destrucción. Su autor los ofrece como muestra de que después de tanto infierno y tanto mal, en alguna estación infernal, todavía surge alguna flor, como símbolo de algo, de «bien» quizá.


Narrativa

LLOVIZNA

Hermosa e impotente rodó tu cabeza entre las matas y las panisaras hasta hundirse sin remedio en la acequia.

En plena aguacero, escopetados, mirando escondidos detrás de la pirca, te vimos imposible, inalcanzable, como si te apartaras de nosotros por el negror de las aguas, para siempre; para ya no volver ni por tu ganado ni por tu mujer, la Shido.

También como si las nubes pasaran cerca, empezó a llover en nuestros ojos.

Al otro día nomá, cuando lo creímos seguro, te sacamos del agua empozada, llena de cangules, y te llevamos a la casa de ña Andina y te limpiamos con un trapito y alcohol. Te dejamos en la mesa, con velas, alumbrado, y rezándote nuestras mujeres y nuestras viejitas.

Ahora que hemos venido a vengarte, el Shego, tu hijo, se ha puesto a llorar pensando en cuando tú llegaste hasta el puestito del frente y seguro dijiste que querías hablar con el comesario y los policías se hicieron guapos y tú agarraste valor y le zampaste una trompada a uno y ahí

nomá salió el comisario y te cogió del cuello y tú lo aventaste con tu fuerza de toro y, así como lo juraste ante nosotros, le dijiste que no tenían derecho a robar nuestros guachitos y abusar de nuestras mujeres.

Lo después, tampoco lo olvidamos: te verdearon la espalda y sangraron tu boca a patadazos, y entumidito te trajeron en plena lluvia, sin llanques; y tus pies, como olluquitos pasados, se reventaban por las piedras. Así te vimos entrar por la cuesta prieta, aventado a empujones por las metrallas. Ahí mismo nos avisamos; y al verte así, nos diste pena, Gregorio. Y tu viejita y tu mujer se arrodillaron ante los soldados, diciendo que te dejen, que no habías hecho nada, que eras un pastorcito nomá. Pero un soldado apartó a tu Shido de un golpe en la cara y a tu mamacita le reventó un ojo con su revólver. Ningún cholo nos metimos porque estaban armados; por miedo; porque fuimos animales corredizos; cobardes, Goyito; miedosos, hermanito.

Tu hijo nomá que se fue corriendo por su escopeta, y yo lo seguí, y entró en tu choza, y del horno sacó dos y me dio una; y a mí me tembló la mano, hermanito. Y cuando salimos, ya caímos en cuenta que eran diez los condenados que habían venido. Y yo lo aguanté al Shego, casi ahorcándolo,

porque él se quería embalar a matar. Y ambos nos quedamos detrás de la pirca, en plena aguacero.

Y ahora, de nuevo, me está temblando la escopeta en la mano. Pero verlo a tu hijo me envalienta, hermanito; y ya no voy a dejar que roben nuestro ganado y maten a nuestras mujeres, diciendo que tenemos que apoyar al gobierno y alimentar a los soldados porque si no somos terrucos. ¿No somos, di hermanito? Tú siempre has luchao por nosotros. Y ahora ve cómo estoy yo disparando y matando; y aunque en mis ojos llueva quedito, yo sigo matando porque me dolió que luego nomá acuchillaran a tu mamacita y me dolió no soltarlo a tu hijo, lloraba el pobrecito cuando te degollaron, y ahora mismo me mira y en él me parece ver tus ojitos; y estás riyendo, como cuando te fuiste del pueblo, antes que te desangren; riyendo, riyendo, Goyito.

Así te fuiste y así volverás por la cuesta donde te despedimos, ¿di hermanito, di papacito?

NEBLINA

Corriendo espantados por las primeras gotas del aguacero que se veía venir, nos cruzamos en plena cuesta con la madrina Emperatriz Tiznado. Por donde ella bajaba, se negreaban más las nubes y caían goterones espesos como si el techo del cielo estuviera roto para su lado. ¿Cómo estaste, comadre Emperita?, saludó mi padre, desde este lado de la lluvia. Me estoy corriendo de mi marido que me acaba de matar, oímos la voz que saltaba del rebozo negro que le tapaba todo el cuerpo. ¿Cómo díceste?, volvió mi padre, medio entreverado el entendimiento por lo que acababa de oír. Pero ya no hubo respuesta, y cuando volteamos la cabeza para verla, solo se oía el chaplac chaplac de sus pasos lejanos sobre el suelo empozado. Medio espantado, mi padre aligeró la marcha; vos qué dices, me preguntó, media alegre resultó la comadre; no hay ser, respondí. Y ya habíamos acabado la cuesta y estábamos entrando al pueblo por el empedrado de la Calle Real, cuando nos agarró fuerte el aguaceral y nos tuvimos que cobijar bajo la techumbre de la Iglesia Matriz, todo entumidos. En eso, un grito se adelgazó por las rendijas del portón y salió a

ensancharse en nuestras orejas: Por bondá, ayuden a esta pobre alma. Qué fue eso, le dije a mi padre. Qué fue qué. Esa bulla. Cuál bulla. Esa que salió del portón. Cuál portón. Este que está a su tras. Y se oyó más fuerte el ruego: Socórranme, cristianos, por bondá. Quién está ahí, respondió mi padre, dirigiéndose al portón. Entonces la voz de adentro pareció reconocer la voz que trataba de entrar por la rendija: ¿Éreste usté, don Ladislao? Don Ladish, por caridá, váyaste a decirle a mi hermano el Saúl que en el hueco del horno, a un ladito de la leña, hay diez soles pa que se vaya a Huamachuco, que se vaya lueguito, pa que no lo muelan a palos también a él, y que de mí no se preocupe, que yo ahora estoy juntada con nuestro padre. Ahí supimos que la voz era de la Idelsa, la huerfanita que vivía junto a nuestra choza y que siempre jugaba conmigo al tarro quemado. ¿Otra vez será que le pegó su mama, doña Isabela?, le pregunté. No es mi mama, dio por única respuesta. Y después, como si la rendija se hiciera más estrecha, la voz se iba menguando: No déjeste de ir, don Ladish. Nosotros acercamos la cara al tablón, buscando la rendija por donde salía el sonido, para ver si podíamos meter el ojo y ver quién estaba adentro. Yo solo vi las bancas vacías y a un lado la estatua de San Isidro Labrador, y al otro lado la de San Martincito. Mi padre, que pudo avistar el atrio, comentó que no había

ningún cristiano. Seguro se metió a la iglesia porque sabe que ahí doña Isabela no tendría gobierno sobre ella, pensamos, y ahora ya ha de andar escondiéndose debajo de los altares o detrás de las estatuas de los santos en reparación. Pensando así, nos sacamos los sombreros y vaciamos la poca lluvia que se había ajuntado sobre las alas; y ya más livianos, los volvimos a colocar sobre nuestras cabezas húmedas. Ahora sí hay que irnos, esta aguacero tiene pa rato; y si nos quedamos, nos dará la noche. Y yo le hice caso y dejamos la iglesia para devisar por el camino rodeado de pencas y tunas, entre las baldadas de agua que caían del cielo. Esa misma agua será que se empozó sobre nuestras vistas y nos impidió ver bien la tropa de perros flacos que salían embalados desde una punta del camino y se perdían por la otra. Por haberlos visto tan de improviso, casi nos chocamos. Yo pensé que el alcalde, antes que lo afusilen, había puesto veneno y acabado con estos vagos, pensó hablando mi padre, y después agregó, seguro estos sabidos se escondieron y ahora huyen de los rayos que están cayendo, si hasta los perros son juiciosos, ahí se ve. Por un momento esperamos quietos, a cierta distancia, a que acabaran de pasar. Pero solo eran cuerpos de perros, porque de sus ladridos nada de nada. Y así seguimos andando sin escuchar nada más que el golpear de la lluvia sobre nuestros

sombreros y sin ver nada más que los hilos bordados de la lluvia sobre las cosas borrosas. Pusimos las manos enfrente, como para apartarlos, pero eran interminables, y luego nomás acabaron por cansarnos, hasta que volvimos a guardar los brazos bajo el poncho. En eso, empezó a venir la niebla con sus algodones que tapan los ojos; y yo que iba adelante, a las justas pude ver que el camino se dividía en dos. ¿Ahora por cuál de estos senderos iremos, padre? Y él se puso a mirarlos, y eran largos, blancos; no se veía adonde llegaban, porque acababan en la niebla. Y como si a su mente también le hubiera entrado la niebla, se quedó de pronto sin hacer ni decir nada. Yo también me hubiera quedado así, pero el temor a congelarme me hizo sacar la mano del poncho y llevarla hacia su hombro. El toque provocó que sus pensamientos nacieran otra vez. Y miró la niebla. Miró la lluvia. Miró los caminos. Me miró a mí. ¿Y nosotros adónde vamos?, preguntó. Y me daba pena hacerle recordar. ¿Y nosotros adónde estamos yendo?, repitió mirándome, medio enfadado. Nos estamos corriendo, padre. ¿Corriendo de qué?, insistió. ¿Acaso no se acuerda, pues, que nos mataron los terrucos cuando usté no dejó que me llevaran?

ESPERA

«Por qué será que nunca regresaste por mí, Avelino. Los capulíes y las moras florecían y se las llevaban los hombres o la podredumbre. A mí nunca me llevó nadie. Yo me agarraba de tu promesa, como de un árbol, para que nadie me llevara. Y aquí estamos todavía, mi mirada y yo, esperándote, dándonos fuerza, acompañándonos la una a la otra».

Ahora mirarás desde tu casa que no tiene perros, desde esa casa sin animales que es también tu corazón.

Esperabas todos los atardeceres, sin saber que en cada uno atardecían también tu juventud y tus fuerzas. Y así fuiste desfalleciendo. Y tu casa se quedó vacía. Y, ahora, quién es la mujer anciana que corre por la cuesta, a duras penas.

«Reventando mis ojos sobre los cerros lejanos, por donde no asomas, me paso las tardes. Hilando y mirando. Moliendo y mirando. Amasando y mirando. Llorando y mirando...».

Horas enteras frente al fogón encendido, sentada y moviendo la cabeza de arriba abajo,

hablando a medio tono palabras que bien podrían ser el nombre de alguien, pero que desde tu boca eran simples repeticiones de sonidos no entendibles. Y oíste la candela. Y te sentaste, quedita, a escuchar. Qué te contaría la candela para que, en plena oscuridad, sin luna ni nada que te acompañe, corrieras sin rumbo sobre aquella cuesta. En cada zancada que dabas sobre la puna solitaria, algo en tu pecho saltaba más, y te dolía, te dolía, como queriendo salir a empujones y emprender su propia carrera. Al final, el viento helado terminó por derrumbarte, y cayó tu cuerpo maltrecho, olvidando al menos por un momento el dolor... Ningún gente llegó esa noche, menos aún aquel en cuyo nombre se amontonan todos tus ruegos.

«Llegaste cuando era jovencita, jovencita. A mi abuela lo abandonó su marido. A mi madre lo abandonó su marido. A mí... A mí, también. Pero, tú acabarías con el abandono. Tú no me dejarías.

En tus ropas lavé mi juventud. En los besos que te di dejé mis años».

Entendiendo que solo tus ruegos sabrían dónde está él, los dejaste partir solos, y te sentaste, en tu poyo de siempre, a esperar el día del retorno.

«Tuve que hacerle entender a mi vida el día que te fuiste. Tuve que hacerle entender también tu palabra: Volveré a su junto, espéreme.

Y mi vida entendió.

Pero... venían los capulíes y las moras florecían, y se las llevaban los hombres o la podredumbre. A mí nunca me llevó nadie. Yo me agarraba de tu promesa, como de un árbol, para que nadie me llevara».

Pero hoy no es como la otra noche. No hubo más noche que tú estas noches. Oscura. Oscura y vacía. Porque, ¿qué noche hay más oscura que una madre que pierde a su hijo?

Sin embargo, hoy la candela habló más propiamente. Y la luna ya alumbra la figura de un hombre sobre la loma. Esa loma que baja hasta tu casa.

Y tú comprendes, pues.

En la emoción, ni tiempo te da de agarrar tu rebozo. Sales apurada, lo más rápido que te permite la vejez. Y afuera se ven mejor tus cabellos blancos, tus manos ajadas por la espera, tu cara tierna de arrugas. Pero tus ojos... tus ojos son de niña, de madre joven, de madre soltera, de madre que ve al hijo regresar.

Corre pues, Milita, corre. Ahí está el único hombre que volvió por una mujer de la familia.

Ahí está tu hijo, cumpliendo su promesa. Acordándose de ti. Regresando. Corre, mamita. Que no te importe que él ya no te pueda ver ni tocar. Que no te importe que te hayas muerto esperándolo. Ha vuelto y ahora ni mil picaflores podrán acabar la miel que hay en tu corazón.

LUNA DE BOLIVIA Y NEUQUÉN
(Fotografía de viaje)

Cuando se injuriaba y amaba en otras lenguas, extrañas y pretéritas, e ignoraba por completo la presencia lujuriante de mundos más allá de donde alcanzan los ojos, Lanzarón, el joven mago negro, después de haber usado con argucia y belleza la técnica del escape, habiendo envejecido otro tanto en la misma penosa labor, y estando su verdugo y hermano, mago como él, a punto de darle alcance y muerte, optó, solo ante la noche y su negror, o siendo él la noche, por bifurcar y perderse al fín detrás del agujero brillante, herida profunda que hiciera en el cielo algún innombrable enemigo de la oscuridad, y que como sabemos hacia el año del Primer Rocío, en el concilio de magos, fue denominado, quién sabe por qué, *luna*.

Pienso, ya desde otro tiempo y siendo otro el rocío que perla las montañas, tal vez, si la lealtad es propiedad también de los ojos, que la luna que vi desde un sendero en Bolivia, y desde otro en Neuquén, Argentina, sea la misma por la que Lanzarón, sabiéndola suficientemente grande y segura, logró salvar la muerte y vivir para ejercer

su oficio desde parajes a donde, infelizmente, no llega el viento de la razón.

Crema, perla, nácar, porque mi razón no conoce otros parecidos, y no se han inventado colores para el cielo, aunque bien podría decir, falto de mesura, esa nube es de color luna, o esa estrella que cae, o aquel pájaro tiene las alas luna, o el pecho, o el corazón de tanto pálido y adolorido. Así, como afirmándose diferente a los colores y entendimiento humanos, yo la veía y recordaba lo que me decían los ancianos, que siendo ellos sabios y por tanto gloriosos: «La luna, cierta vez, habitó el pecho del hombre y entonces era todo él un resplandor, justo y sabio debió ser por contener tanta luz, aunque ella luego también haya sido su perdición y lo haya cegado hasta la obnubilación. De ahí que, sintiéndose inundada por la culpa, abandonó para siempre su morada y buscó las alturas y la soledad como castigo y remedio ante el hecho de saberse lacerante y por lo tanto prohibida. Y no bastándole tales decisiones, se hizo circular para que ningún hombre, si por raro capricho de la naturaleza naciera con alas, pudiera asirla por alguna de sus aristas».

Por donde quiera que uno esa noche bajara la mirada, gobernaban las colinas. Gobierno de hojas y sus susurros, ciertamente. Negras colinas, apenas

con un halo tenue de luminosidad aclarando sus bordes, definiéndolas. Y la luna como acuarelándolas de cerca. Entonces comprendí que alguien siempre tiene que estar cerca de alguien. Y tuve miedo. Tuve miedo de no estar cerca mío y haberme abandonado para juntarme al ensueño. Y mi pobre cuerpo solo ante esa majestad que siempre será la luna. Y yo distante pensaba en otra historia. Y mi pensamiento caía en que no podría haber surgido aún el lenguaje que podría describirla. Y me entran ganas de contar la historia de esa mujer remota. Tu historia. Y acaso también la mía. Pero sé que es otra historia, y otras debieran ser, por lo tanto, las palabras que se usen para referirla, si es que existe lenguaje capaz de abarcarte, oh eternidad a la que pertenezco.

EL AIRE ENTRE LOS VELOS DE LA MEMORIA

«Me hubiese perdido en las montañas de tu cuerpo. Hubiese sobrevivido derritiendo sus cimas con el volcán que me nacía por ti. Habría levantado cabañas sobre tus ojos… Pero qué temprano me desterraste».

—No quisiera que te vayas, hijo.

—Es por ti también. Por nosotros.

«No sabía que iba a conocerte. Que dormiría con las aves de tu voz. Que sobre la piel me crecerían ramajes y frutos. Que tú los quemarías».

—¿Dices que es muy lejano el lugar?

Puso las manos de ella bajo sus manos y las condujo hacia su pecho:

—Son muchas noches de viaje.

Ella entendió y cerró los ojos y hubiera cerrado todas las puertas y todos los caminos, y hasta lo hubiera encerrado a él dentro de la prisión de sus brazos, para no tener que abrirlos nunca.

Si tan solo hubiera podido.

Ahora que los párpados se abren podemos ver la luz que revienta en los ojos y empieza a grabar

en ellos las cosas y los aires que van pasando: como el cuerpo desnudo y sedoso de los arrayanes, a él podríamos pegar el rostro y nos devolvería la caricia aterciopelada, o desfallecer sobre sus ramificaciones y esperar que la primavera nos despierte con hojas y con frutos. O como la línea de la montaña que aparece, curvada, sensual, y se eleva queriendo expandir su dominio rocoso más allá de todos los aires. O como el puntillismo blanco y brillante que ahora invade la escena, y es como si alguien desempolvara el cielo, o al menos así lo sienten los ojos que nunca vieron caer nieve sobre la superficie. De pronto, todo en esos ojos se llena de blancor y son ellos, a su vez, dos bolos de nieve incrustados en la montaña del rostro, un rostro suave aunque de líneas gruesas, con unos párpados también suaves que de pronto empiezan a cerrarse, poco a poco, adivinaríamos que por el cansancio que supone un viaje de grandes distancias. Así nos niegan la luz y la posibilidad de seguir describiendo los aires y las cosas que seguramente siguen pasando.

—¿No va a tomar su remedio, señor?

El rostro ajado giró hacia donde estaba el tazón lleno de yerbas. Miró por unos momentos el humo que salía haciendo maromas. Unas manos acercaron el contenido hasta sus labios. Bebió hasta dejar sólo las yerbas. Después se limpió la

boca con las arrugas de sus dedos. Volvió la vista hacia la pared del frente. Y se quedó callado, como antes, como hacía ya mucho tiempo.

—Yo no sé qué hace todo el santo día con la mirada pegada a esa foto.

—Fue en esa época cuando le agarró la desgracia.

—¿Y quién será la fulana que aparece abrazada a su lado, no?

«Quién eras. Qué nieve te enjoyaba de perlas, qué peces habitaban los lagos de tus ojos cuando nos conocimos».

Estoy recostada mirando cómo el viento hace temblar las aguas del lago. Más allá de la neblina, las aguas se extienden. Sobre esas aguas hay una barca. Sobre esa barca está mi padre. Y siguiendo la orilla, bajo el follaje de aquellos pinos, están los ojos de ese hombre. Para sacudirme de ellos, me distraigo viendo algunos pájaros que hacen su bordado sobre las nubes. Otros regresan y se quedan quietos, como piedrecitas sobre la nieve. El frío aumenta su rigor y trae la niebla. Con ella vienen también esos ojos. Yo hago como si no los sintiera. «¿Puedo mirar el lago junto a usted?»

La silueta ya lejana se va perdiendo, deshilvanándose del horizonte. Y la mano que

desde aquí se extiende no podría alcanzarla. Sólo quedan las palabras acaso todavía cercanas.

—Mi alma no podrá estar tranquila hasta que regreses.

«Ganas de morirse sobre su pecho que se estremecía. Ganas de alumbrarse todas las noches con los lamparines de sus ojos. Ganas de quedarse y seguir viviendo entre sus cabellos. Pero no podía abandonar el viaje».

—Regresaré cuando acabe el trabajo. Y te compraré una casa para que ya no vivas alquilando.

—Mi única casa eres tú.

«Y no supe qué más decirle a la mujer que me había criado sobre su falda, lavando ropa ajena, cosiendo por las noches, horneando pan por las madrugadas para ir luego a venderlo cuando amaneciera, y todo para que yo creciera derecho y me hiciera hombre a fuerza de sus sufrimientos. Por eso, cuando te conocí, supe que quizás nunca la volvería a ver, y algo en el pecho, tal vez el corazón, se me rompió para siempre».

Cielo aguado en acuarela azul. Humo gris elevándose, caracoleando. Chimenea de ladrillos rojos. Casa de campo. Paredes hechas con madera cortada. Calor en el interior. Tres sillas dispuestas. Una mesa ancha. Mantel blanco, limpio. Botella

con vino. Copas. Platos. Cubiertos brillantes. Olor a carne asada:

—Así que ya conocés a nuestro invitado.

Tus ojos cruzan el manto de la niebla y se juntan a mis ojos. Siento como si dentro de ellos hubieran otros muchos ojos que hacen más fuerte y más luminosa tu mirada. Soy débil ante su brillantez. Por eso pongo mi vista a un costado. Me preguntás si podés ver el lago conmigo. Hago silencio. Respiro. ¿No podés verlo estando solo?, digo. Y mi respuesta te turba.

—Hija, te estoy hablando.

—Sí, papá. Ya lo conocía.

—Ya verá usted, le dije que no habla mucho.

«Como roca que entra en agua, generando olas por todas partes y hundiéndose con fuerza hasta tocar las últimas profundidades, así te metiste en mi alma desde el principio. Y a pesar de ese velo de palabras que pusiste para no tocarte, yo defendería a toda costa el volcán que me nacía por ti».

—¿Y sobre qué charlaron?

Te quedás callado. Yo miro la nieve, esperando que te vayas. Pienso el frío le congeló las ideas. Y camino de regreso a la cabaña. Entonces tu voz me sigue: «No podría concentrarme en el lago si usted está enfrente. Mis ojos la prefieren por sobre todas las cosas».

—¿Hija?

—De nada, papá. No hablamos de nada.

—Bueno. El señor es naturalista y viene a hacer un laburo en la región. Seguro te comentó algo.

Me vuelvo y allí estás otra vez. Vos y tus ojos. No te dejo decir más nada porque huyo corriendo. Y sobre la nieve el cuerpo se me hace liviano. Entiendo entonces que lo que me falta esta tarde es el latir del corazón, que seguramente se queda con vos.

Ebria de mieles y azahares florecía yo junto a los jardines que apenas comenzaban a nacer. La primavera llegaba con su música que hace despertar las cosas. Todavía quedaban retazos de seda blanca sobre los montes. Hasta ellos habíamos llegado. Las manos de mi padre pirueteaban como palomas. Yo obedecía su ritmo y colocaba el rostro donde él me lo pedía. Esta vez se me ocurre buscarte y pedirte que vengas hacia donde estoy. Vos dudás, seguramente intimidado. Te ruego con la mirada. Al fin accedés. Venís y te quedás quieto junto a mí. Quisieras abrazarme, pero no te atrevés. Entonces tomo tu brazo y lo llevo hacia mis hombros. Los dos muy juntos vemos ahora hacia la cámara de mi padre. A tu lado soy como la montaña que se aferra a la última nieve que le queda, Pero vos también te irás, al menos eso dijiste. Llevamos ya varios atardeceres viéndonos.

En uno de ellos me contabas que vienes desde lejos, de unas tierras distintas, y que no te quedarías mucho tiempo. ¿A qué viniste? ¿A llenar mi cuerpo de aves cantoras? ¿A sembrar flores sobre mi pecho? Nada crecerá si vos te marchás. Me culpo por no saber usar las palabras. Porque no sé cantar esta melodía que siento por vos. Porque mis ojos y mis silencios no son suficientes para que entiendas. Eso pienso mientras se acerca mi padre a decirte que no se preocupe muchacho que luego le daré una copia de la fotografía.

—¿Y desde cuándo está así?

—Pasó hace mucho que cuesta trabajo recordarlo.

—¿Y lo cuidó usted sola todo este tiempo?

—Sí. Pero me estoy poniendo vieja, igual que él. Y ya no podemos abastecernos. Por eso la contraté.

—No se preocupe. Yo ayudaré con todo.

—Procure que tome sus remedios a la hora exacta.

—Sí, señora.

—Y apóyeme con la casa, que ya ni alcanzan las fuerzas para mantenerla ordenada. Mi hijo la compró antes que perdiera el habla y el entendimiento. Apenas regresó, nos cambiamos a vivir aquí. Por eso la quiero tanto.

—Sí, señora.

Paró la nieve. Vino el sol y nos dejó naranjas sobre los ojos. Cansados de jugar a encontramos entre los arrayanes, ahora nos sentamos sobre uno de los troncos. Yo acerco mi hombro a tu hombro. Despacio. Pego mis cabellos a tus cabellos. Vos traés tu rostro a mi rostro. Lanzás la red de tu mirada sobre mi mirada. Acercás la piel de tus labios hacia mis labios. Yo me estremezco. Y te entrego la piel de mis labios.

«Sigo averiguando los caminos por los que marchaste. De qué los hiciste para que mis pies no encontraran su sendero».

Es noche por todas partes, menos sobre el botón de luna. Mis dedos aún se mueven temblorosos entre la nieve furiosa que ya empieza a cubrirlos. Es lo que veo, no sé exactamente desde dónde, pero es lo que veo. Es lo que recuerdo.

«Qué manto de sombras te cubrió, detrás de qué árboles se perdió tu tronco, qué agua se estancó en tu memoria para que de pronto te olvidaras de mí».

Cómo olvidarme de vos, de los labios de vos, de las palabras que se agarraban de esos labios y no querían venir, vos pudiste haber dudado, pero esas palabras se escapaban en las noches y venían a

despertarme. Por ellas supe que te quedarías conmigo, sobre ellas apoyé mis manos para levantarme de donde estaba.

«Abría los párpados y mis ojos se llenaban de cosas. Ahora los abro y solo veo tu ausencia».

Recuerdo las flores regadas sobre los campos. Nunca supe exactamente qué me pasó. Esa tarde del primer y único beso, como capullo que se abre solamente para morir. Y esa noche cruzando la última gran nevada para llegar a verte.

No sé si morí, o si alguien me llevó. Quizá sólo existí por vos, para vos.

Ya no podías verme ni escucharme, pero yo te seguí hablando.

Mi padre me buscaba, vos me buscabas. Pero tampoco él podía oírme.

Entonces me fui contigo.

Dejé mi tumba para mi padre y yo me fui con vos.

De dónde pensás que te hablo. Nunca me fui de vos.

Aún ahora te sigo amando.

Aún ahora cuando, anciano y mudo, estás sobre tu lecho.

Aún ahora que usás tu última mirada para buscarme.


Poesía

Te oyen y se levantan, desde la pampa, los pájaros evaporados. Con ellos pudo la madrugada. Sobre sus cuerpos, vas sin saberlo. Te estorban la mirada. No son más que niebla, apenas esfuerzo inútil de la tierra por alcanzar tu cabello.

Yo los he visto venir. Se acumulan en mí. Todos los días me obligan a decir que antes de aprender a volar, aprendieron tu rostro, que es la madre de todos las cosas.

En mí hay solamente tres estaciones: la lluvia, el sol y tú.

Debo decir también que nací desde un sueño tuyo que no recuerdas. Eran los árboles, y las hojas de los árboles, y llegó la primavera (que eres también tú) y las hojas crecieron hasta desbordar el sueño y poblar con sombras y colores la tierra; yo vine con ellas y aprendí a desbordar por el mundo mis propias ramas, buscándote, extrañándote, anidando mi amor sobre cualquier rincón humilde de los pueblos.

Lo que no sabía era que tú también me buscabas.

Tampoco lo sabías tú.

¿Por qué me desterraste? ¿Era la única forma de hacerme real? ¿No sabías que ya desde tus sueños yo te crecía y te cantaba?

El astillas de tu recuerdo aprendió ahora a necesitarte.

Y era esa tu misión: expulsarme al mundo de los desposeídos de tu rostro, a las infancias negadas por tus labios, a las juventudes mutiladas de tus besos. Y todo para que aprendiera a necesitarte.

Recogí tu ausencia diaria sobre las calles. Ofrecí los ensueños y la vida a cambio de alguna noticia que me trajera tu ubicación.

De ese modo ajeno y humilde me hice digno.

Y hoy que lees estas líneas, no has de sospechar que estoy en la esquina de tu puerta, esperando que voltees los barcos de tu mirada y me lleves, al fin, hacia ese mi encierro que serán por siempre y para siempre tus largos brazos.

Los gorriones se dejaban morir
para que los recoja tu mirada.

En tu moño
va atado mi corazón.

Solo y sin cobijo,
bajo esta lluvia
torrencial
            que es tu nombre.

COMENTARIOS A LA OBRA

Me ha impresionado. Tiene tanta sensibilidad y belleza en la palabra como erudición en sus conceptos; no obstante una oscura presencia tanática ensombrece sus escritos.

Charo Arroyo

Paul Orlando Vera Basilio, en su breve pero conciso libro *Estaciones del infierno*, aborda varios temas que impresionan al lector por su alto valor poético: el amor ausente, el recuerdo incesante, la justicia injusta, el abuso trágico, la espera desesperanzadora y el retorno tardío, en cuyos trances, los personajes divagan entre lo real y lo mítico, casi siempre por los paisajes lluviosos y neblinosos del ande. El libro en su conjunto demuestra a un escritor de trascendencia.

Enrique Carbajal

Un libro físicamente pequeño pero de contenido insondable. (...) Son historias peruanas del Perú (perdonen la tristeza, como diría Vallejo), heridas que no han cicatrizado un ápice, producto de la guerra interna, de la autoridad abusiva, del terrorista irracional y, también, de la vida sin esas lacras pero intrínsecamente dura.
Sus magníficas influencias no avasallan el estilo propio del autor, que emerge nítido y poderoso.

Ángel Gavidia

Ya decía Rodrigo Fresán —o capaz no— que, en lo que respecta a exploraciones narrativas, el registro era el último continente pendiente de colonizar. La voz que merodea entre estos cuentos se ha ganado a puro silbido una propia y, también hay que decirlo, envidiable parcela.

Daniel Gamarra

Este autor tiene un talento fuera de lo común (…). Es un libro de prosa poética, en las narraciones subyace la poesía, la trama sirve de punto de partida para sumergirse en ella. Remarco la presencia de la oralidad del español andino. Sus cuentos me hacen pensar en Comala, su reino de almas en pena y su falta de resolución o plenitud. Predomina en ellos la destrucción y la muerte (…). Tiene muchísimo futuro.

Ricardo Gonzales Vigil

Estaciones del infierno… nos devuelve el lirismo y la hondura del sentir rural andino. No se trata de una apología al Indigenismo trasnochado, tampoco a cierto Nativismo ingenuo; sino, por el contrario, representa una confluencia con el posmodernismo, por cuanto propone implícitamente reconfigurar la noción, la historia, los aparatos de poder respecto al habitante rural. Ni más ni menos que recuperar el pasado, no para tejer la historia, sino y con toda legitimidad, la contra historia.

Hugo Velazco



Este libro se imprimió en los talleres de Ink Color Print SRL,
Av. San Miguel 650, San Miguel, Lima



Paul Orlando Vera Basilio
(Huamachuco, 1986).
Publicó «Antología del Cuento
Huamachuquino», en el 2009.



Otros libros publicados por el Fondo Editorial Huamachuco, durante el año 2014:

Las Cuestas Andadas, de Enrique Carbajal.

Poncho Habano, de Eloy Hulero.


ISBN: 978-612-46449-5-5
9 786124 644955
1512
ESTACIONES DEL INFIERNO